

LUIS PÁSARA

LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

Capítulo 13

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL
SOLAR Fernando EGUREN Alberto
GONZALES Álvaro HENZLER Max
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS
Farid MATUK Jaime MONTTOYA UGARTE
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).

396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

D.L. 2017-07453

ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra

© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

CECILIA OVIEDO

«CADA UNO DE NOSOTROS PENSABA SI SE IBA A MORIR.
ESE ERA EL HORIZONTE... ESTÁS INVOLUCRADA
EN UNA LUCHA QUE TE PUEDE COSTAR LA VIDA Y ESO
PUEDE PASAR EN CUALQUIER MOMENTO».

El compromiso de vida que he tenido con la idea de que el mundo se puede cambiar se da en un contexto de fines de los años sesenta, comienzos de los años setenta, de luchas sociales muy fuertes, sobre todo obreras y campesinas. Había una gran convulsión y una realidad, muy extendida, de violencia e injusticia.

Influyó mucho mi abuela, que provenía de Arequipa, analfabeta, obrera y vivió como madre soltera la mayor parte de su vida. Aprendí de ella a luchar y la persistencia. En el momento en que empiezo a tener algún tipo de compromiso político —que a veces no es fácil que lo acepten en las familias—, ella fue quien le dijo a mi mamá: «Déjala, que ella sabe lo que hace». Fue cuando yo todavía estaba en la Escuela Normal; tendría diecinueve años. Ella influyó mucho en que el ambiente familiar no fuera desfavorable a eso. Soy parte de una generación donde muchos de los jóvenes de esa época salíamos de familias donde las ideas de transformación, de revolución, no eran aceptadas. Fue una intervención relevante la de ella. Al comienzo mis tíos concordaron: «Déjala, que se le va a pasar». Pero con los años se dieron cuenta de que no era así. Y, sobre todo después, mi madre y mi hermana se convirtieron realmente en un apoyo muy grande.

Lo otro fue la formación en la escuela. Me formé con religiosas franciscanas en la Escuela Normal. Un maestro de Psicología educativa, al que recuerdo en particular —quien para mí, en ese momento, era un sabio—, fue el primero al que escuché hablar y hacer análisis de los grandes problemas de la civilización, del mundo. Cada una de sus clases era magistral. Eso me abrió mucho la mente. También contribuyó descubrir la filosofía —soy profesora de Filosofía y Ciencias Sociales—. Lo otro que fue decisivo fue una práctica en las barriadas en Lima. A partir de la catequesis, íbamos los domingos y allí comencé a escuchar y compartir con sacerdotes y seminaristas —que en aquella época también iban a los sectores populares— y empezar

a convivir con jóvenes cristianos como yo; todos hablaban de «hay que transformar el mundo, nos tenemos que indignar ante lo que está mal». También empecé a escuchar las propuestas de la Teología de la liberación, a Gustavo Gutiérrez. Al primero que escuché hablar de las guerrillas de 1965, en particular de Luis de la Puente Uceda, fue a un sacerdote. Otra influencia que para mí fue muy clara viene de las propuestas de Paulo Freire; mi tesis de profesora es sobre él. Creo que esas cosas son las que marcaron mucho cómo fui asumiendo algunas ideas y luego una práctica determinada.

Mis referentes, mis ejemplos tienen que ver con esta doble raíz que tengo: la cristiana y la política. La figura de San Francisco, por lo que significa en términos de pobreza, austeridad, entregarse a los pobres —que por cierto es algo que se está rescatando hoy— y haber combatido la corrupción en la Iglesia. El otro referente importante fue conocer lo que fueron las luchas indígenas, la figura de Túpac Amaru, las largas y terribles resistencias frente a la invasión española y lo que veía en mis viajes: la opresión y la postración de los indígenas, el mundo de las comunidades, conocer cuando iba a Puno cómo las madres regalaban a sus niños porque ya no tenían qué darles de comer. El otro referente, adentrándome en lo que era ideologizar este compromiso, fue el Che, como para muchos de mi generación.

Todo eso se reforzó con una visita que hice a Cuba en 1977. Estaba en una organización que se llamaba Federación de Movimientos Estudiantiles Cristianos y compartir con los cristianos en Cuba, los problemas y logros de esa experiencia, para mí fue un parte aguas. Era una Iglesia que se llamaba ecuménica, donde la mayoría de los que participaban eran de confesiones protestantes, evangélicas, que estaban más comprometidas con la revolución que el catolicismo. Eso no significa que no hubiera jóvenes católicos que adherían a la revolución o simpatizaban con ella, pese a que la jerarquía católica no compartía esto. Para mí, ahí sí se hizo realidad el ecumenismo, porque viniendo de confesiones distintas compartíamos las mismas inquietudes y los objetivos de una vida mejor, de una sociedad mejor. Conocí a un teólogo cubano, Israel Batista, que decía cosas tan parecidas a las que decía Gustavo Gutiérrez, que eran una corriente que se estaba compartiendo en América Latina.

Conocí en Cuba a maestros y directores de escuela jóvenes, de 20 y 24 años. Era la época en que estaban viviendo en la cresta de la ola de la revolución. En estos jóvenes se veía la defensa de la revolución, los valores, la entrega, un compromiso, una consecuencia con lo que decían, y su participación en la sociedad cubana era evidente y decisiva. Impresionaba cómo lo vivían en ese momento estos jóvenes, sobre todo si lo comparabas con lo que uno encontraba en otros contextos, en los cuales la búsqueda de ideales, de valores mayores o de una lucha trascendente no se veía de la misma manera. No sé si Cuba como país, pero para los jóvenes estudiantes tal vez lo que significó la revolución cubana en determinado momento sigue siendo un referente.

La otra referencia fueron los líderes sandinistas históricos —Sandino, Carlos Fonseca— y lo que significó la primera etapa del Frente Sandinista, porque después de la derrota y lo que vino luego, ya no. En la primera parte de esa lucha, lo que significó la participación de la población, los miles de personas jóvenes que murieron o quedaron lisiados. Para mí esos eran los héroes verdaderos, que después quedaron muy frustrados, decepcionados por aquello en lo que derivó el sandinismo, refrenado cuando se sufrió la derrota electoral en 1990. Pero, a pesar de estos vaivenes y la descomposición posterior del sandinismo, la lucha que libraron no se puede desconocer. Creo que ha seguido siendo, por mucho tiempo, un referente muy importante. En Lima, en la izquierda peruana, la conmemoración del triunfo sandinista era masiva y salíamos a las plazas a celebrar el sandinismo.

Lo sucedido en 1990 en Nicaragua fue luego otro parte aguas para toda la izquierda en América Latina y, en particular, en Perú: nos dio una clara idea de lo que no había que hacer, de algunos caminos que no se debían tomar. Me refiero sobre todo a las prácticas de corrupción y a lo que es asumir el partido como una propiedad y dejar de ser democráticos. Una parte de la dirigencia sandinista y de los militantes empezaron a vivir como ricos y la gente —muchos de los cuales también eran militantes— se daba cuenta de cómo gastaban en cosas superfluas, mientras había grandes carencias y además se estaban aplicando las políticas de ajuste estructural. Eran muchas contradicciones entre lo que se decía y lo que se hacía.

Mi incursión en la política y, antes, el compromiso cristiano que tuve empezó en la práctica y no tanto por teoría o por las lecturas. Las lecturas han venido después, como un refuerzo. Los referentes que tengo —y los que muchos leímos en aquella época— fueron Marx, Lenin, las novelas de la revolución, José Carlos Mariátegui, José María Arguedas. A partir de ellos, uno podía darse cuenta de que el Perú era mucho más complejo de lo que podía ver, en mi caso, una joven urbana y formada en una familia de clase media. Luego, para mí vienen las lecturas de Gustavo Gutiérrez, Alberto Flores Galindo, Javier Heraud. Esos son los autores que reforzaron lo que ya estaba haciendo en la práctica.

«NOS DECÍAN QUE A VECES LOS
CRISTIANOS ÉRAMOS MÁS
CONSEQUENTES QUE ALGUNOS
DE LOS MILITANTES
DE LOS PARTIDOS».

La primera experiencia de acción política fue en los barrios de Lima; al lado de la catequesis que hacíamos, vivíamos sus necesidades —la dureza de la situación— y buscábamos cómo resolverlas. Cuando a comienzos de los años setenta, empecé a ir a los sindicatos automotrices que habían tomado una iglesia o que estaban en una huelga, iba como parte de un movimiento cristiano de jóvenes, que se llamaba Bases Juveniles de Lima, que inspiró e impulsó el Episcopado peruano. Ahí nos conocimos jóvenes de parroquias de Lima, desde Villa El Salvador hasta Miraflores. Allí conocí a un compañero de muy grato recuerdo para mí, Ronald Gibbons, dirigente automotriz obrero, cristiano, que murió. A través de Ronald, empezó mi relación con los sindicatos automotrices, que fue el primer sector con el que trabajé.

Vino el contacto, más fuerte, con los sindicatos y las luchas obreras, y paralelamente con el CODEH, que se formó alrededor de los presos políticos que todavía estaban en las cárceles. En el Comité había varias comisiones; me involucré mucho en la comisión de sindicatos. Aprendí entonces a conocer desde adentro la realidad de la clase obrera, de los sindicatos, de las luchas que había ahí, de los intereses y, sobre todo, de la dureza de los enfrentamientos con los empresarios.

Todavía no tenía un compromiso partidario. Hasta entonces era participar con los grupos cristianos en estas luchas obreras. Sí conocía de los partidos porque me decían aquel compañero es de un partido o de otro partido. Conversábamos con ellos porque estábamos todos involucrados en lo mismo. Siempre recuerdo que esos militantes nos decían que a veces los cristianos éramos más consecuentes que algunos de los militantes de los partidos. Empecé luego a simpatizar con el MIR. Para mí, a pesar de la derrota que había sufrido la guerrilla del MIR, era un referente importante y comencé a conocer y a compartir cosas con militantes de esa organización.

Estábamos viviendo entonces la revolución de Velasco Alvarado, a partir del golpe de 1968, con la que el panorama comienza a cambiar porque se crean las comunidades industriales y aparece la reforma educativa. En esas dos cosas comencé a trabajar. Estuve involucrada en las comunidades industriales textiles. Conocí a los dirigentes del gremio textil y trabajé con ellos, durante años, en capacitación, asesoría, difusión en prensa, etcétera. Asimismo, muchos de los que éramos estudiantes, militantes o cristianos, nos involucramos en la reforma educativa, trabajamos en alfabetización integral, en ALFIN; sumaba así otra de mis aspiraciones, que era la utilización de los métodos de educación liberadora que había aprendido de Paulo Freire. Todo fue simultáneo, se daba al mismo tiempo. Fue un periodo muy intenso porque estaba en mi trabajo como maestra, estaba en el sindicato y estaba en alfabetización. Teníamos tiempo y energía para todo; uno no se preguntaba ¿voy a poder o no?, siempre pensábamos que podíamos hacerlo todo. Fue una vorágine de cosas que fui viviendo, tratando de hacerlo lo mejor posible.

Se empezó a dar la vinculación con otros gremios que después para mí se fueron convirtiendo en los más importantes, sobre todo la Federación Minera, con los que durante años, prácticamente hasta antes de exiliarme, compartí mucho. Alguna vez recordábamos con Javier Díez Canseco cómo habíamos empezado con los mineros, en las marchas de sacrificio o en el Centro de Estudiantes de Medicina haciendo las ollas comunes. Porque nuestra adhesión a esas luchas no era meramente verbal: nos pasábamos las noches con ellos, íbamos a las marchas con ellos. Eso lo compartimos con muchos otros militantes, independientemente del partido en el que estaban.

Cuando viene el golpe de Morales Bermúdez, en 1975, el panorama cambia y empieza una etapa más dura, con mucha represión, lo que obligó a un trabajo mucho mayor, para defendernos de una represión sistemática contra dirigentes sindicales. En 1977 se produjo la ola de despidos.

Había terminado en 1975 mi trabajo en alfabetización con el Ministerio de Educación y casi un año después entré por concurso al Ministerio de Comercio, como especialista en capacitación. En mi carrera administrativa en Comercio llegué a ser subdirectora y, luego, directora. Pero cuando se dispusieron veinte mil despidos en el sector estatal, comenzamos a formar en todo el aparato del Estado los comités de defensa de la estabilidad laboral, lo que nos llevó a una lucha larga y bastante fuerte en la que fui asumiendo responsabilidades. Fui secretaria general del sindicato de trabajadores del sector comercio y el siguiente paso fue la participación en la Confederación Intersectorial de Trabajadores Estatales (CITE), en la que fui secretaria de capacitación y después secretaria de defensa. Creo que logramos cosas importantes.

En aquella época formar un sindicato estatal estaba prohibido; no teníamos legalidad. Los dirigentes de la CITE nos reuníamos en sótanos y en iglesias y teníamos seudónimos, como militantes clandestinos, porque nuestra actividad sindical estaba proscrita. Estaban ahí todos los partidos de izquierda y también participaban, en esa época de dictadura, Acción Popular y el PPC. Recuerdo que hubo un mitin en la Plaza San Martín, vino la policía a agredirnos y quienes me protegieron eran compañeros de Acción Popular que estaban con nosotros en esa lucha sindical. La necesidad de luchar en un frente amplio, de manera unitaria frente a necesidades comunes, era muy palpable en ese momento. Hubo realmente una unidad en los sindicatos muy importante. Después se impuso la predominancia de la izquierda, cambió el contexto político y esa gran unidad ya no existió.

En estos sindicatos que eran nuevos valorábamos mucho, además de la participación efectiva de la gente, que la gente fuera honesta. En el sindicato, si sabíamos que había un dirigente que había robado algo o había hecho alguna cosa que no debía hacer, lo sancionábamos y lo expulsábamos del sindicato, y esta persona tenía que pedir perdón públicamente por lo que había hecho. Eran épocas en que ser dirigente

sindical tenía que ser sinónimo de ser honesto, no solamente ser bueno a la hora de ir a la marcha o de las huelgas, sino ser lo más honesto posible con sus compañeros y, si se tomaba un acuerdo, cumplirlo. Fueron épocas muy ricas, desde el punto de vista humano, de conocer hasta dónde podía llegar la gente.

En los sindicatos estatales y también en el magisterio —porque en algún momento la CITE y el SUTEP salimos a marchas conjuntas—, había compañeras que estaban embarazadas, hasta en el último mes, y la policía igual les metía palazos. Ellas se tiraban al suelo y los policías las arrastraban, pero ellas no daban marcha atrás, no se arredraban. Secretarias, chicas de las que decías «les interesa solo irse al cine o pintarse bien», que a la hora de salir a la marcha se ponían sus zapatillas y llenaban su bolsa con piedras para enfrentar a la policía; lo hacían con toda naturalidad y decían: «tenemos que luchar contra esto». Esto no era cosa de una, dos o tres de las que dijeras «quieren hacer un acto heroico», no. Quizá era la masividad de la participación, saber que estábamos todos juntos en eso, lo que hacía que la gente mostrara un rasgo de valentía, de participación, que no lo puedes ver siempre o que lo puedes encontrar solo entre militantes o jóvenes con mucho ímpetu.

Fue un contexto específico el que creó las condiciones para eso. Era enfrentar a la dictadura y estábamos sumados todos frente a la represión y la falta de libertades. Lo vivíamos como algo casi normal. La mejor muestra de eso fueron los paros nacionales, que sí creo que fueron determinantes para la salida de la dictadura de Morales Bermúdez. Creo que esto se comprueba en otros contextos: cuando te enfrentas a un enemigo común, puedes tener una idea determinada de lo que quieres como sociedad o lo que quieres como reivindicación, pero tienes un objetivo que en ese momento te une con otros. Esto corresponde a episodios históricos determinados y es muy difícil que esas circunstancias se mantengan por mucho tiempo.

Más adelante muchas cosas cambiaron; ya no fueron como antes. Con el regreso de la democracia formal, las razones de lucha permanecieron, pero ya no eran tan fuertes ni tan amplias como las que tuvimos en la época de la dictadura. También los sindicatos cambiaron y se burocratizaron; muchas cosas debilitaron a los sindicatos.

«CUANDO LA IZQUIERDA PARTICIPA EN
ELECCIONES Y LAS GANA, ENTRA BARRANTES
COMO ALCALDE DE LIMA Y DICES: ‘PONGO
EL VASO DE LECHE, PONGO EL COMEDOR
Y PONGO NO SÉ QUÉ’, Y PIENSAS QUE LA GENTE
TE VA A ASENTIR SIEMPRE. NO ES CIERTO».

Creo que uno de los errores más grandes de la izquierda —y de los partidos, en general— era que siempre consideraban que dentro de un sindicato o de una comunidad tenían sus militantes: «estos son de este partido, estos de este partido y estos de este otro partido». Aprendí, sobre todo en el sindicalismo estatal, que había que hacer una diferencia entre que la gente supiera que eras militante de izquierda y podías expresar tus ideas en el sindicato, e intentar imponer la línea de tu partido y decir «este sindicato es mío». Una de las deformaciones y perversiones que en algún momento existieron fue esa. El sindicato, al congrega los diversos intereses y corrientes políticas, existe en torno a un objetivo común: cómo te defiendes del que es tu patrón o de quien te está agrediendo. No podías convertirlo en una parcela partidaria, había que tomar en cuenta siempre lo que el sindicato quería o lo que el sindicato decidía. Podías estar en contra de esa decisión y lo podías manifestar, pero no debías ir en contra de eso porque cuando pretendías hacerlo te presentabas como alguien radical y excluyente, y la gente no te veía igual.

La peor expresión de eso fue Sendero Luminoso: «los que no están conmigo, están contra mí». En una organización social, en una comunidad o un sindicato lo peor que se hizo fue decir «esto de aquí es mío». Nadie podía decir «yo soy dueño» de la Confederación Campesina o de la CGTP o de la Federación Minera, porque finalmente la conciencia de la gente —y lo que la gente decidiera hacer con su vida en determinado momento— no pasaba por una opción partidaria, salvo que te convirtieras en militante de esa organización y aun así. Cuando se da el golpe de Fujimori en 1992, la represión contra la izquierda, los sindicatos, los frentes de defensa, los dirigentes populares, etcétera, se debió al debilitamiento del arraigo de la propia izquierda en estas organizaciones populares. Eso fue posible, lo logró imponer Fujimori, porque la base social se había debilitado o, en gran medida, se había perdido. Muchos de aquellos a quienes nos debíamos, quienes eran la motivación de nuestras luchas, no estaban ahí. Habías estado trabajando con una élite de dirigentes obreros o campesinos, pero no podías decir «esta organización es mía».

También se constató eso en el plano electoral. Cuando la izquierda participa en elecciones y las gana, entra Barrantes como alcalde de Lima y dices: «pongo el Vaso de Leche, pongo el comedor y pongo no sé qué», y piensas que la gente te va a asentir siempre. No es cierto. Porque, como sucede en todos lados, funciona el clientelismo y la adhesión de la gente —sobre todo de quien no está en función de una doctrina o de una opción partidaria— corresponde siempre a la búsqueda de qué la beneficia. La deformación o perversión de eso es el clientelismo político, esto es, cuando compras la voluntad de la gente o compras el voto dando dinero, sobornando, dando una dispensa, como ocurre. Cuando se pierden las elecciones y hay una gran desilusión,

te das cuenta de que no puedes tener siempre la conciencia o la voluntad de la gente, que se va a mover siempre en función de sus intereses mediatos y concretos. Eso, en realidad, te lo enseña la vida misma.

La utopía era, o es, la búsqueda de una sociedad distinta, de un ser humano distinto y de mejores condiciones de vida. Tal como pasó con el sandinismo, la utopía se remeció con determinadas concepciones o prácticas de la izquierda. Y de la izquierda en general, porque la forma que se actuaba —a veces dogmática o intelectualista— se compartió entre todos los partidos. Incluso el lenguaje que usábamos, que era un lenguaje tan politizado.

Indudablemente, había un alto nivel de politización en la población peruana, sobre todo entre los que estaban involucrados en luchas, que tampoco eran las grandes mayorías. Al ciudadano que no está politizado no llegabas con un discurso de ese tipo. Durante años o décadas conmemorábamos el primero de mayo —y luego también la romería a Mariátegui— y te dabas cuenta que quienes participaban en esto eran, básicamente, militantes. ¡El primero de mayo, que es una celebración de los obreros! En los años previos al golpe de Fujimori, en la plaza Dos de Mayo estaba la militancia y los dirigentes obreros, no eran las masas.

El autogolpe de Fujimori pudo imponerse porque había una circunstancia social que lo permitía. Empecé a verlo en esa época. Dos meses antes del autogolpe, y también de mi exilio, hubo una reunión muy grande —en el local de Construcción Civil— de lo que era en ese momento la Asamblea Nacional Popular. Todo el mundo estaba ahí. Pero la disputa por el poder fue tan grande y tan fuerte, que terminó en una división. Cuando acabó, fue un desaliento muy fuerte para muchos de nosotros y fue una evidencia de que lo que se estaba haciendo no se estaba haciendo bien. Estoy segura de que Fujimori supo de la confrontación en la asamblea y dijo: «Puedo dar el golpe y no pasa nada, no va a haber quién me responda».

Ese tipo de disputas no podían existir si supuestamente estábamos luchando por lo mismo, aunque con métodos u objetivos últimos diferentes; pero, en lo concreto, lo que nos juntaba era cómo enfrentar al capital, a los empresarios, al gobierno. Pero había ese afán de poseer, de ser propietario de un gremio, tener el poder en un espacio: «soy dueño de este sindicato o de esta ONG y yo aquí hago lo que quiero». Eso te revela que el poder es tan pernicioso que cuando alguien lo tiene, no lo quiere perder. Esto se aplica en todos los ámbitos, no solo en los partidos y en los gremios. Lo hemos vivido en muchos lados y lo seguimos viviendo. Algunas circunstancias o formas han cambiado pero ese afán de imponerse, de tener poder sobre las cosas, sobre la gente, incluyendo la mente y la conciencia de la gente, es algo que al parecer forma parte de una manera de funcionar en nuestras sociedades.

«PARA MÍ LA REVOLUCIÓN ERA
UNA NECESIDAD DE QUE HUBIERA
UN SER HUMANO DISTINTO: NO
PODÍAS CONSTRUIR UNA NUEVA
SOCIEDAD SI NO TENÍAS UN HOMBRE
NUEVO, UN SER DIFERENTE».

La idea de la revolución, para mí, surgió primero de ver las experiencias de Cuba y del sandinismo. Para mí la revolución era una necesidad de que hubiera un ser humano distinto: no podías construir una nueva sociedad si no tenías un hombre nuevo, un ser diferente. No un santo, pero sí gente que tuviera capacidad de pensar en los demás, de luchar porque esto cambiara, por un bien común, por una necesidad social. Si constatabas que las cosas no estaban bien, que había mucha desigualdad, pobreza, injusticia, etcétera, decías: «Lo menos que puedo hacer es intentar cambiar esto». La otra opción es decir: «Esto es lo que me toca vivir y ya, lo acepto».

Lograr un cambio así tenía que pasar por los actores sociales y lo que buscaba la mayor parte de la gente era tener un mejor salario, mejores condiciones de trabajo o que las condiciones en su comunidad fueran distintas. Necesitabas cambiar la conciencia de la gente, que asumiera otro tipo de actitud frente a la vida, frente a la sociedad, lo cual no creo que signifique adoptar necesariamente una opción partidaria, pero sí adoptar un tipo de objetivo o de ubicación en la vida que te permitiera luchar por algo, algo que significara mejorar tu situación y la de quienes te rodeaban, porque se supone que todos los hombres y mujeres somos seres políticos.

El gran problema es que cuando pretendes construir esto a gran escala —porque lo tienes que hacer con millones de personas—, te planteas un reto descomunal. Lo primero que los partidos, en general, se planteaban era cómo tener militantes y luego construir lo que eran frentes políticos o movimientos amplios, que permitieran luchar por eso. Hubo avances en ese sentido cuando se impulsaron los frentes de defensa de intereses populares, que vimos y construimos en algunas regiones del país, como en San Martín, Ucayali, en fin, donde tenías un conjunto de necesidades o demandas de la población y se juntaban —quizá porque la pobreza o la postración en las regiones era tan grande— el pequeño empresario con el campesino y el obrero, porque era demasiado evidente que a todos les estaba tocando por igual, a la hora de sufrir las consecuencias. Recuerdo las asambleas que se hacían en San Martín, miles de personas en las plazas, al aire libre y todos estaban ahí.

La participación más amplia era la de los jóvenes. Igual que en los otros casos, hubo circunstancias o situaciones especiales que hicieron que todos nos pusieramos de acuerdo para luchar por lo mismo.

Cuando se forma la Asamblea Nacional Popular, que intentó ser el reflejo de todas esas expresiones regionales, territoriales, y se pretende convertir esa experiencia en una cosa más política surge otra vez el intento de los partidos de hegemonizar las organizaciones sociales. Donde hay diversos intereses y diversos sectores sociales, políticamente hay de todo. El problema es cuando un sector pretende ser excluyente: «Yo predomino aquí y los demás, no». Ahí es cuando se empieza a debilitar la masividad de esa acción.

Posteriormente, la división que hubo en los frentes políticos que intentó la izquierda también explica el debilitamiento de la presencia de la izquierda en los sectores populares. La división o atomización de la izquierda fue el factor determinante para perder esa influencia, esa presencia social que habíamos tenido durante tantos años.

Estuve primero en el MIR, más o menos en la época de Morales Bermúdez. Luego, al tiempo de mi participación en la CITE y de mi trabajo, fui militante de la UDP. Allí tuvimos que sufrir los momentos de crisis y el impacto que significó, primero positivo y después negativo, la formación de ARI y después de Izquierda Unida.

En lo que se compartía con dirigentes de otros partidos se decía que parecía increíble que algunos prefirieran tener un partido con muy pocas personas, pero que pudiesen controlar. Estos asuntos se planteaban, pero quedaban como reflexiones nada más. Cuando nos juntábamos los diferentes partidos y frentes, lo que primaba era la discusión de lo que se iba a hacer mañana o el mes siguiente: la marcha tal o el foro cual. Las discusiones de largo alcance, en profundidad, las discusiones estratégicas que significaban revisar métodos y resultados ya no se daban. Había una decisión explícita de que todo lo que fueran las discusiones de largo alcance no se iban a tocar. En ese momento me pareció que era un error, pero ese era el consenso.

Mi criterio se reforzó cuando hubo la derrota sandinista. Porque una de las grandes causas de esta derrota fue que, en su momento, no se aceptó las críticas de militantes que habían dicho: «esto está caminando mal, hay que cambiar esto, aquello y aquello». Estuve en Nicaragua cuando perdió el Frente Sandinista, viví el trauma de la militancia sandinista, vi a los jóvenes sandinistas llorando, nadie lo podía creer. Estuve algo así como un mes, muy intenso. Había conocido a nicaragüenses antes de la victoria, porque varios de ellos llegaron exiliados a Lima con el apoyo que recibieron de algunas iglesias. Conocí desde dentro muchas de las discusiones que, como se ha dicho, son las discusiones que se dieron antes del triunfo y que luego no siguieron. Pasó algo similar con los salvadoreños: las diferencias estaban desde antes.

Después de la derrota sandinista, un punto discutido en la izquierda peruana era que no había que decir los errores. Yo decía: «¿Por qué? Si justamente hemos comprobado en la práctica que no reconocerlos en su momento es lo que te lleva a la derrota. ¿Por qué no somos capaces de decir, enfrente de quienes nos tengan que oír, yo me equivoqué en esto?». Se me daba un argumento, que para algunos era válido: ¿cómo lo vas a hacer si tienes en frente a tus enemigos, que van a aprovechar lo que digas o tus debilidades! Para mí, aunque no lo digas, ellos lo saben. Si, como militante de un partido o un frente, no tienes la capacidad de decir lo que eres y tus debilidades, en algún momento la gente se va a dar cuenta y vas a quedar mal parado. Pero, además, lo tienes que hacer por una necesidad propia. Si no evalúas tus resultados y vas a las causas de tus errores, nunca cambias y nunca vas a conocer lo que no hiciste bien. Creo que se crearon las condiciones, afuera y adentro, para lo que se tuvo.

«FUI AMENAZADA DIRECTAMENTE
POR SENDERO LUMINOSO; A VECES
IBA CAMINANDO POR UNA CALLE,
PASABAN AL LADO Y ME DECÍAN
QUE ME IBA A MORIR».

La militancia, y no solo la militancia partidaria sino la militancia en el movimiento sindical —que para mí era una militancia—, fue un trabajo muy fuerte, de una dedicación completa. Dejé de lado casi por completo la vida personal y familiar en esos años; casi no compartía con mi familia, sí los veía, porque vivía en la misma casa, pero casi no estaba. Eso solamente lo he podido recuperar después. Cuando estuve detenida, en 1989, mi madre y mi hermana fueron quienes me apoyaron más. Y después en el exilio, al que salí en julio de 1992. Entonces pude retomar muchas cosas que había perdido y que lamentó mucho. Fue un costo muy alto el que viví como parte de ese compromiso que había asumido. Pensé que tenía que ser así. Creo que correspondió a una etapa y lo que viví no lo viví solo yo; lo vivimos muchos que asumimos esa forma, ese tipo de militancia, de compromiso.

Era una época en que, todos los días, cada uno de nosotros pensaba si se iba a morir. Ese era el horizonte. Estás luchando por el futuro, por un objetivo de largo plazo, pero al mismo tiempo estás involucrada en una lucha que te puede costar la vida y eso puede pasar en cualquier momento, sobre todo cuando estás cada día en el movimiento social, en la calle, en las movilizaciones, en las huelgas. Era muy fácil perder la vida en esa época porque la represión se veía cara a cara cada vez que había

una marcha y nosotros estuvimos en movilizaciones donde la policía usaba armas. Vi morir a un compañero a treinta metros de mí, porque la policía ya no salía solamente con gases lacrimógenos y con macanas, salían con pistolas de perdigones y también con armas de fuego. Muchas veces era un gran riesgo.

El riesgo, además, era en relación con Sendero Luminoso, porque cuando ellos deciden que todo el resto de la izquierda es su enemigo y que tienen que acabar con ellos, eso fue literal. Sendero Luminoso mató a dirigentes sindicales, campesinos, militantes. Era enfrentarse también a ellos. El debate y las amenazas se daban también en las asambleas, porque de repente se podían aparecer allí y amenazaban directamente a los dirigentes, en los barrios, en los comedores. Fui amenazada directamente por Sendero Luminoso; a veces iba caminando por una calle, pasaban al lado y me decían que me iba a morir. No era nada fácil. Un amigo me dijo una vez que estaba como en un partido de fútbol, en el que en vez de ser dos equipos los que jugaban, eran tres y tenías a dos en contra. Eso lo vivías en carne propia todo el tiempo. Esa fue la dureza y la complejidad de la lucha que tuvimos que enfrentar.

Para mí, delante de lo que es la organización o el partido estaban los principios y los valores. Una de las cosas que para mí fue decisiva —y lo sigue siendo hasta ahora— es ser fiel a sí mismo y la ética. Eso seguramente lo comparto con otros, pero para mí quedó más claro con los planteamientos de Alberto Flores Galindo. La falta de ética puede quebrar cualquier cosa, así como la corrupción, que es una perversión de eso y puede acabar con cualquier cosa. Por eso no creo que la derrota o el fracaso se deban a las ideas o a las ideologías. Muchas de estas cosas responden a la condición humana, a algo que llamaría la miseria humana, la falta de calidad como ser humano. Finalmente, uno se da cuenta de que son seres humanos concretos, con los que vives, con los que trabajas. La diferencia está en si aceptas que eso sea así o haces algo para cambiarlo.

Con el autogolpe de Fujimori de abril de 1992 proscribieron los partidos, cerraron las cámaras del Congreso e inmediatamente tuve que salir de mi casa. Nos habían informado que todos los dirigentes de la izquierda estábamos con orden de detención. Más que una decisión personal, fue la familia y también los compañeros que me dijeron: «Te tienes que ir». Un abogado me dijo: «Usted y otros están ‘boletinados’ y si cruzan la frontera los van a detener». Ahí fue cuando vino la posibilidad de pedir asilo político en la embajada mexicana. Tengo un reconocimiento personal para quien me ayudó mucho para exiliarme: Javier Diez Canseco. En esa época salió mucha gente, por las fronteras, a Ecuador, a Chile, y sobre todo a Brasil, donde tuvieron apoyo de las comunidades cristianas de base y del Partido de los Trabajadores.

No hay un momento específico en que las cosas cambiaran; fueron cambiando en la izquierda, en el movimiento popular, en el movimiento obrero, etcétera.

Pero, para mí, la necesidad de la utopía sigue siendo algo fundamental, entendiéndola como la aspiración de vivir de una manera más justa, más igualitaria, con bienestar, pero no solo para algunos. En estos años, a pesar de lo que se ha vivido en el Perú y en otros países, he reforzado y enriquecido eso, con otros motivos y otros ejes de lucha. Los ricos son más ricos, hay más pobres y el poder es más ilimitado que antes: está gobernando conciencias, mentes, formas de vida, todos los hábitos. He aprendido cómo actúan las empresas, qué estrategias desarrollan para ganar los hábitos de la gente; es decir, cómo hacer que la gente compre.

El viraje que he tenido no ha sido ideológico sino de vida, debido al exilio y la necesidad de subsistir. Cuando vino el exilio, para mí cambiaron las cosas totalmente, tengo que reconstruir mi vida desde cero y crear nuevas bases; volver a definir las razones de vida. No considero haber abandonado la utopía, a lo mejor tiene ahora otros nombres, otras formas. En todo caso habría que definirla de nuevo y darle más contenido a esa utopía. Sí hubo gente que cambió mucho y se fueron al otro extremo; pero hay muchas personas que mantienen esos principios, esas aspiraciones, a pesar de la adversidad, de que vivimos un periodo muy duro en el que en determinados momentos la subsistencia se convirtió en la razón principal de vida.

«LO QUE SUCEDIÓ EN EL CASO
PERUANO CORRESPONDIÓ A QUE
LOS MOVIMIENTOS ARMADOS NO
TENÍAN YA EL SOPORTE SOCIAL QUE
TUVIERON EN ALGÚN MOMENTO».

No hablaría de la lucha armada en sí, sino de lo que se consideró la vía revolucionaria. No creo que se pueda hablar de esto en forma abstracta sino de cómo se da en un tiempo determinado; por las condiciones del Perú, en particular, el tema tiene que adaptarse a las condiciones y a los desafíos de cada momento, y puede o no incluir todas las formas de lucha. Me ubico en el periodo que estábamos sufriendo una guerra; había una guerra antsubversiva y desaparecieron miles de gentes; la mayoría civiles. Las desapariciones en la época de Alan García, la gente que era encontrada muerta en los ríos, de la cual ni siquiera se llegó a conocer el nombre ni nada. No era solo una guerra entre bandos sino que de por medio estaba la población, que fue la que sufrió más con las políticas contrainsurgentes. Decían: «No importa que mueran miles si entre ellos vamos a capturar a alguien militante o un subversivo». Creo que en las circunstancias que vivía el Perú, en los años ochenta o noventa, sí se justificaba la lucha armada.

En situaciones como esa se justifica la rebelión y se justifica lo que algunos llaman, en otros contextos, la desobediencia civil. Había sectores populares que compartían la necesidad de una lucha más fuerte, pero obviamente en eso no estaba la mayoría de la población. No estamos hablando de las condiciones de la lucha sandinista ni de lo que sucedió en El Salvador. No eran esas circunstancias. Finalmente, lo que sucedió en el caso peruano correspondió a que los movimientos armados no tenían ya el soporte social que tuvieron en algún momento, que creo que sí lo tuvieron, tanto en el caso de Sendero como del MRTA, en algunas regiones, en algunas comunidades. No eran nada más un grupo de militantes que estaban aquí o allá.

También se sabe de las divisiones que hubo al interior de estos grupos y, tanto en el caso de Sendero como del MRTA, de la exclusivización de la lucha armada, y se conoce que algunos grupos se fueron mezclando con los narcos y cómo se descompuso todo esto. En la selva la pobreza era tan grande que muchos jóvenes, en determinada época, no tenían cómo vivir y solo tenían dos opciones: o se iban con los narcos una o dos semanas y ganaban en dos semanas el dinero que necesitaban para seis meses, o se iban con los grupos armados porque pensaban que con ellos por lo menos iban a comer y tener ropa. Así de descarnadas y de duras eran las motivaciones, porque se vivía en condiciones muy malas, sobre todo en los sectores rurales.

El problema principal es cuando la acción armada que desarrollan algunos se convierte en algo excluyente y en un fin en sí misma; es decir, se piensa que eso rige todo lo demás. También hay algo que se ha visto en las experiencias concretas, tanto en Perú como en Colombia: el gran riesgo de utilizar las armas es en qué puede derivar cuando no hay control y algunos militantes de estas organizaciones se pueden convertir en bandas que luchan por su beneficio o se mezclan con la delincuencia o los narcos. El tema de las armas creo que es un asunto muy complejo, que no pasa solamente por una opción política, sino por lo que es el uso o la posesión de armas.

Creo que una gran mayoría de jóvenes vive solo el presente, en función de aspiraciones materiales e individuales: cuánto tengo, cuánto valgo. Esto, sin embargo, no es una cosa de ahora: el afán de tener, de poseer algo, es de siempre. Lo que pasa es que se ha generalizado y se ha profundizado. En términos generales, esos valores de vida u objetivos de largo plazo son los motores de una generación, salvo cuestiones como luchar por un mejor medio ambiente. Los motores de vida que tuvimos muchos en nuestra generación se han diluido; priman los objetivos individuales, temporales, banales, la búsqueda de pasarla bien y tener un poco más.

En gran medida, eso tiene que ver con lo que está en la sociedad. El eje de la formación de los jóvenes en las universidades es el éxito, y no solo el éxito económico sino el éxito académico, el éxito social. Del cuánto gano se pasa a buscar solo el provecho personal a costa de los demás. Eso se va convirtiendo en los objetivos

de mucha gente, en los sectores que han logrado encontrar mejores niveles de vida. Pero, en los que están en una situación desfavorable, la lucha por la subsistencia, por la existencia, en las condiciones de vida sobre todo en ciudades grandes, es una lucha tan difícil, tan cruel. La mayoría de la gente nos la pasamos tratando de ver cómo sobrevivir y, a veces, eso no da mucho margen a los ideales, a los sueños que alguna gente pueda tener.

Se habla mucho de cómo ha favorecido la tecnología a los jóvenes. Sí tienen más aparatos y están más comunicados; más comunicados a distancia, pero menos comunicados con su entorno social e incluso con el que está más próximo. Pero, por otro lado, conozco y he compartido con jóvenes y adultos, en algunas organizaciones civiles, en comunidades y, sobre todo, con mujeres en pueblos que sí siguen teniendo esa aspiración de hacer algo bueno para los demás. Son gente que está luchando todos los días por sobrevivir pero también está luchando por los demás y, a veces, con muy pocos recursos a su alcance.

Es interesante la historia de Las Patronas. Son mujeres de Veracruz que todos los días veían pasar a los migrantes rumbo a la frontera con Estados Unidos en el llamado Tren de la Muerte; veían que viajaban horas y horas sin alimentos, sin agua, que algunos caían y quedaban lisiados o morían. Y comenzaron a hacer algo: preparan alimentos, hacen bolsas y esperan en las vías a que pase el Tren de la Muerte —en la mañana, en la tarde o en la noche—, para ofrecer bolsas de comida, la ropa, lo que ellas puedan darles. Si alguna gente está mal o tiene algún problema, la atienden. Piden ayuda a la gente de la misma comunidad que siembra y tienen sus productos; van al mercado, lo van juntando y lo administran ellas. En 2013 recibieron el Premio Nacional de Derechos Humanos. Es una muestra de cómo hay gente que para hacer algo por otros no necesita razones ideológicas o haber leído algo y que a cambio reciben seguramente solo el agradecimiento de quienes están pasando por ahí. Quizá las propuestas no están tan claras como antes, pero hay sectores de gente que sigue haciendo cosas importantes, nadando contra la corriente.